

conéctate

CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

LA CURACIÓN ESTÁ A TU ALCANCE

**Aprovecha el servicio técnico
del Fabricante**

Mi primer milagro

El efecto de unas palabras

Nunca es tarde si la dicha es buena

Relato de una sobreviviente





A NUESTROS AMIGOS

Es innegable que todos —en mayor o menor medida— tenemos necesidad de curación. Esa necesidad universal probablemente fue la que llevó a Jesús a dedicar tanto tiempo a la sanación de los enfermos. Los Evangelios abundan en pasajes alusivos a los milagros que operó.

Numerosos relatos dan cuenta de las ocasiones en que sanó a leprosos, devolvió la vista a los ciegos, curó a paralíticos y resucitó muertos. «Le siguió mucha gente», reza la Escritura, y Él «tuvo compasión» y «sanaba a todos»¹.

Es imposible leer esos episodios de curaciones sobrenaturales sin tomar —consciente o inconscientemente— una decisión que te enmarque en una de tres categorías: la de los que no creen que los milagros se hayan producido jamás; la de los que creen que sí tuvieron lugar, pero que no podrían repetirse hoy; y la de los que comprenden que Jesús tiene actualmente la misma capacidad y voluntad de sanarnos que manifestó cuando curó a las muchedumbres en el primer siglo de nuestra era. «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos»². Es mi esperanza que para cuando termines de leer este número de *Conéctate* estés firmemente encuadrado en el tercer grupo, si es que no lo estás ya.

Pero no te detengas ahí. Descubre cómo puedes aplicar Sus promesas de curación a tu realidad cotidiana y a la de otras personas que precisen tu ayuda y tus oraciones. No hay enfermedad o dolencia capaz de resistir el poder sanador de Dios. Al mismo tiempo, tampoco hay molestia tuya, por muy pequeña que sea, que no suscite Su interés. Él te ama de manera muy personal, muy íntima, y está siempre dispuesto a ayudarte, consolarte y fortalecerte. Aunque no te sane enseguida o de forma sobrenatural, ten la seguridad de que desea que tus dolencias, como todas las demás cosas, redunden en tu bien³. Acude a Él en tu hora de necesidad. Permítele que te estreche contra Su pecho. No dejes de confiar en Él, y verás las maravillas que obrará en tu vida.

Gabriel
En nombre de *Conéctate*

1. Mateo 14:14, 12:15
2. Hebreos 13:8
3. Romanos 8:28

¿Buscas libros, compactos o videos que te comuniquen fuerzas, te motiven y te ofrezcan soluciones? Visita nuestro sitio web o ponte en contacto con cualquiera de los distribuidores que se indican a continuación.

www.conectate.org

www.audioconectate.org

México, Centroamérica:

Conéctate A.C.
Apdo. Postal I-719
Mitras Centro
Monterrey, N.L., 64000
México
E-mail: conectate@conectate.org
Tel: (01-800) 714 4790 (nº gratuito)
+52 (81) 8123 0605
+52 (81) 8134 2728 (fax)

Chile:

Casilla de Correos 14.702
Correo 21, Sucursal La Moneda
Santiago
Tel: (09) 469 7045
E-mail: conectateconosur@conectate.org

Argentina, Paraguay, Uruguay, Perú, Bolivia:

E-mail: conectateconosur@conectate.org

Colombia, Venezuela, Ecuador, Antillas:

Conéctate Colombia
Apartado Aéreo # 85178
Bogotá
Colombia
Tel: (1)7586200
E-mail: conectatecoven@conectate.org

España:

Conéctate
Apdo.626
28080 Madrid
(34) 658640948

Resto de Europa:

Activated
Bramingham Pk. Bus. Ctr.
Enterprise Way
Luton, Beds. LU3 4BU
Inglaterra
E-mail: activatedeurope@activated.org
Tel: +44 (0) 845 838 1384

Estados Unidos:

Activated Ministries
PO Box 462805
Escondido, CA 92046-2805
E-mail: info@actmin.org
Tel. 1-877-862-3228 (nº gratuito)

DIRECTOR Gabriel Sarmiento
DISEÑO Yoko Matsuoka
PRODUCCIÓN Jessie Richards

© Aurora Production AG, 2010

<http://es.auroraproduction.com>

Es propiedad. Impreso en Taiwán por Ji Yi Co., Ltd.

A menos que se indique otra cosa, los versículos citados provienen de la versión Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizados con permiso.

UN REGALO

TOMOKO MATSUOKA

TEMBLABA Y TENÍA ESCALOFRÍOS. A RATOS SE ME NUBLABA LA VISTA. LA SALA DE ESTAR ESTABA EN EL PISO SUPERIOR. Subí tambaleándome sin ninguna certeza de que llegaría. En el último escalón me desplomé. Inmóvil, traté de superar el mareo y las náuseas. No sé cómo, logré llegar hasta el sofá, y ahí me quedé acostada. Me temblaban todos los músculos. Tuve convulsiones. Hice un esfuerzo por dejar de temblar; pero cuando trataba de controlar las piernas, los brazos y el pecho, me castañeteaban los dientes y sentía que la cabeza me iba a estallar. Traté de aguantar hasta que se me pasara. En vez de mejorar, empeoré, aunque me figuraba que peor no podía estar. Para colmo, me encontraba sola en casa.

Me quedé una hora acostada. Las convulsiones eran tan fuertes que casi me caí del sofá. No lograba componer una oración. Ni siquiera era capaz de pensar. Tenía la mente concentrada en soportar el dolor.

Entonces oí una voz que decía: «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos»¹. No fue una oración, ni un pensamiento, y estoy segura de que tampoco una alucinación. No vino de mi interior. Era una voz; y en el instante

en que la oí, todo el cuerpo se me tranquilizó. Dejé de temblar.

Me quedé acostada sin moverme. Estaba semiinconsciente. Casi esperaba que empezaran de nuevo las convulsiones, pero no fue así. ¡Me había curado por completo, en un momento! Al poco rato me levanté y seguí con mis quehaceres como si no me hubiera pasado nada.

Desde entonces he estado enferma en otras ocasiones y el alivio no llegó con la misma rapidez que aquel día; sin embargo, ahora entiendo que la curación es un regalo. Aquel día en que estuve más enferma que nunca, tanto que ni conseguía formular una oración, recibí ese regalo. Cuando no podía ni levantar una mano en dirección a Jesús, Él extendió la Suya y tomó la mía.

TOMOKO MATSUOKA ES INTEGRANTE DE LA FAMILIA INTERNACIONAL Y REDACTORA DE CONÉCTATE. ■

EL FACTOR FE

Una parte importante del ministerio público de Jesús cuando estuvo en este mundo consistió en curar a los enfermos y dolientes. Es lógico, pues, que aún desee devolverles la salud a los enfermos que acuden a Él con fe. Todo creyente puede beneficiarse de la curación divina. Es un don de Dios.

David Brandt Berg



1. Hebreos 13:8 (RV95)

la curación está a tu alcance

COMPILADO A PARTIR DE LOS
ESCRITOS DE DAVID BRANDT BERG

LOS MILAGROS NO SON COSA DEL AYER. Dios sigue vivo y en perfecto estado, y actúa hoy en día con el mismo poder de siempre entre quienes confían en Él. Dice: «Yo el Señor no cambio»¹.

Al Dios de toda la creación, obrar una curación no le supone gran cosa. Si es capaz de crear el cuerpo humano, desde luego es capaz de repararlo. Dice: «Yo soy el Señor, Dios de toda carne; ¿habrá algo que sea difícil para Mí?»².

Esa es apenas una de las múltiples promesas que hay en la Biblia, promesas que podemos reivindicar y esperar que Él cumpla, promesas que te infundirán fe en la capacidad de Dios de curar sobrenaturalmente. La fe viene poco a poco, a consecuencia de leer y creer la Palabra de Dios³. Se edifica sobre el cimiento de la Palabra. Por eso, léela con oración y pide a Dios que fortalezca tu fe.

Dios no sólo es capaz de curarnos, sino que está deseoso hacerlo. Cuando un pobre leproso se acercó a Jesús y le dijo: «Señor, si quieres, puedes limpiarme», Jesús extendió la mano y tocándolo le dijo: «Quiero; sé limpio». Y al instante su lepra desapareció⁴. Él está más deseoso de dar que nosotros de recibir. Lo único que nos pide es que lo honremos con nuestra fe, creyendo Su Palabra y Sus promesas.

La fuerza de nuestras oraciones

La oración es muy eficaz. Cuando oramos, se producen cambios.

Dios responde a nuestras plegarias. Él promete: «Si algo pidiereis en Mi nombre, Yo lo haré»⁵, y la Biblia también dice: «No negará ningún bien a los que andan en integridad»⁶. Tienes a tu favor todas las promesas de la Biblia, «preciosas y grandísimas promesas»⁷. Por eso, cuando le pidas a Dios que te sane o cualquier otra cosa, preséntaselas para recordárselas. Al hacerlo estarás declarando categóricamente tu fe, lo cual a Dios le agrada.

Generalmente no ves la bendición —en este caso, la

curación— en el instante en que comienzas a rezar por ella. Cuentas con las promesas de Su Palabra; pero ¿cómo sabes que las va a cumplir? Tienes que ponerlas a prueba. Tienes que instar a Dios a manifestar Su poder. Él hasta llega a decirnos: «Mandadme acerca de la obra de Mis manos»⁸. Hazle cumplir Su Palabra. Exígele que te responda y cuenta con que lo hará. Lo ha prometido. Deposita tu fe en el Señor e invoca pasajes de las Escrituras. Dios está obligado a cumplir Su Palabra. Así que recuérdasela, aférrate a Sus promesas, apréndetelas de memoria y recítalas en

todo momento. No dudes ni por un instante que Dios va a responder, y lo hará. Tiene que hacerlo. Quiere hacerlo. Confía en Él.

Jesús dice: «Todo lo que pidiereis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá»⁹. «Esta es la confianza que tenemos en Él, que si pedimos alguna cosa conforme a Su voluntad, Él nos oye. Y si sabemos que Él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho»¹⁰. Lo único que tenemos que hacer es creer Sus promesas y orar, contando con que nos responderá.



Dios no sólo es capaz de curarnos,
sino que está deseoso de hacerlo.

La «prueba de la fe»

Uno de los factores más importantes para la sanación es la fe, la certidumbre de que Dios nos ama, se preocupa por nuestra salud y felicidad y nos cuidará pase lo que pase. Antes de curarnos, Dios suele poner a prueba nuestra fe: quiere ver si vamos a creer Sus promesas y seguir amándolo y confiando en Él aunque nos parezca que no nos vamos a curar nunca. ¿Por qué habría de premiarnos con la sanación si nosotros no lo honramos con nuestra fe?

Las enfermedades crónicas pueden constituir una fuerte prueba. Lamentablemente, a

veces nos llevan a resentirnos y quejarnos, y hasta nos inducen a guardarle rencor a Dios si Él no nos cura como quisiéramos o como consideramos que debería hacerlo. «No me quiere, no se preocupa por mí, porque no me sana». Esa reacción denota una falta total de fe, y «sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan»¹¹.

Dios puede y quiere curarnos, pero primero debemos desear lo que Él quiere y lo que Él sabe que es mejor para nosotros, sin

reservas. También debemos rectificar los problemas espirituales o físicos que puedan estar afectando la situación. Luego podemos orar y encomendarnos por completo a Dios. Así seguro que obtendremos resultados. ■

-
- | | |
|-------------------|--------------------|
| 1. Malaquías 3:6 | 7. 2 Pedro 1:4 |
| 2. Jeremías 32:27 | 8. Isaías 45:11 |
| 3. Romanos 10:17 | 9. Marcos 11:24 |
| 4. Mateo 8:2,3 | 10. 1 Juan 5:14,15 |
| 5. Juan 14:14 | 11. Hebreos 11:6 |
| 6. Salmo 84:11 | |

el sanador

VIRGINIA BRANDT BERG

RECUERDO QUE HACE ALGÚN TIEMPO ME PIDIERON QUE ORARA POR UNA JOVEN QUE LLEVABA OCHO LARGOS AÑOS EN CAMA, EN LA MÁS COMPLETA INVALIDEZ. ERA UN CASO PERDIDO. LOS MÉDICOS LA HABÍAN DESAHUCIADO.

Mi marido y yo la visitamos, nos quedamos diez días en su casa y pasamos muchas horas en oración. Yo no dejaba de pensar: «Dios mío, tantos han rogado por ella, incluso algunos que poseen el don de curar». No sabía qué hacer. Me sentía impotente ante una necesidad tan grande.

Entonces abrí la Biblia justo por la página en que se encuentra uno de mis versículos favoritos: «Nos libró y nos libra y esperamos que aún nos librará de tan grave peligro de muerte»¹. Me fijé además en el versículo anterior, al que no había prestado atención hasta entonces, que dice: «...para

1. 2 Corintios 1:10 (RV95)

2. 2 Corintios 1:9

3. Hechos 3:6

que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos»².

De pronto caí en la cuenta de que la sanación de aquella joven tenía muy poco que ver con lo que yo hiciera o con lo que hicieran los demás que estaban rogando por ella. Nuestra función consistía únicamente en presentarle el asunto a Dios. Era Él quien debía intervenir. No podíamos confiar en nuestro poder o en nuestras aptitudes. Cualquiera que sea el concepto que tengamos de nosotros mismos, es Dios quien cura a los enfermos y resucita a los muertos.

Llamé a mi esposo al cuarto de la muchacha y leímos juntos unos pasajes de la Biblia. Seguidamente se nos unieron sus padres para rogar por ella. Entonces, con toda sinceridad y mucha fe en Dios, le dijimos: «En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda»³, y se levantó. En ocho años jamás había salido de la cama, pero se levantó y caminó. Eso demuestra que no hay persona en el mundo a quien Dios no pueda curar. ■

PROMESAS BÍBLICAS DE CURACIÓN

«Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides ninguno de Sus beneficios. Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias».

Salmo 103:2,3

«Yo haré venir sanidad para ti, y sanaré tus heridas, dice el Señor».

Jeremías 30:17

«La oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará».

Santiago 5:15

«Yo soy el Señor tu sanador».

Éxodo 15:26

«Oren unos por otros, para que sean sanados. La oración del justo es poderosa y eficaz».

Santiago 5:16 (NVI)

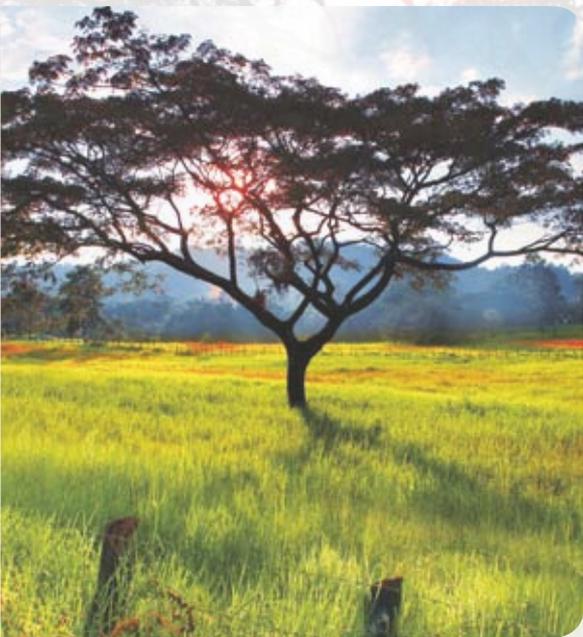
mi primer milagro

TESTIMONIO DE CHUCK DELGADO,
REDACTADO POR NYX MARTÍNEZ

HACE UNOS AÑOS, CUANDO CONOCÍ A UN PAR DE MISIONEROS DE LA FAMILIA INTERNACIONAL, LOS INVITÉ A MI CASA, DADO QUE NECESITABAN UN LUGAR DONDE HOSPEDARSE.

Sin embargo, no capté de inmediato todo lo que me decían acerca de Jesús. Me mantuve escéptico.

Luego sucedió algo que alteró la situación.



Una mañana, mientras trotaba por el vecindario como acostumbraba hacer todos los días, sentí unas punzadas en la espalda que me hicieron doblarme de dolor. Lejos de disminuir, fueron en aumento. Aquella noche tuve bastante fiebre. Cuando fui a hacerme un reconocimiento y describí los síntomas —sangre en la orina, dolor, fiebre—, el diagnóstico preliminar fue que tenía cálculos renales, y que mi caso era bastante grave. Me hicieron análisis

y me dijeron que volviera al día siguiente a recoger los resultados.

Enfermo de cuerpo y espíritu, regresé a casa para descansar. Entonces expliqué mi sufrimiento a los voluntarios que se estaban alojando temporalmente allí. Como es natural, se ofrecieron a orar conmigo. Obstinado, les respondí:

—No; creo que me falta fe.

Sonriendo, me dijeron:

—Pues recemos también por eso.

Rogaron por mi rápida y completa recuperación de lo que fuera que me aquejara, me leyeron pasajes de la Biblia sobre la sanación y los invocaron como si se tratara de promesas que Dios hubiera hecho específicamente para mí. También oraron para que me librara de mi incredulidad.

Antes de acostarme me puse a releer una y otra vez aquellos versículos. Poco a poco me invadió una sensación de tranquilidad. Algo desconocido estaba echando raíz en mi corazón: era una diminuta semilla de fe.

A la mañana siguiente me sentía mucho mejor, de modo que fui primero a trabajar a la oficina y luego al hospital para hacerme más análisis. El médico no sabía qué pensar: estaba desconcertado. Analizaba y requeteanalizaba los resultados hasta que finalmente me los entregó y trató de explicarme lo que yo ya sabía: las radiografías mostraban que no tenía nada. Me había curado.

Casi daba la impresión de que los análisis del segundo día correspondían a otro paciente, explicó el doctor. Sin embargo, yo estaba seguro de que lo ocurrido sólo podía calificarse de milagro.

Nada me dolía; habían desaparecido todos los síntomas de cálculos renales. Quedaron desplazados por la fe. Aquella noche, al leer la Biblia con los integrantes de La Familia, lo hice desde una perspectiva totalmente distinta: no como un simple estímulo intelectual, sino reconociendo que —como dijo Jesús— aquellas palabras eran «espíritu» y «vida»¹. Las mismas palabras que me habían sanado me condujeron a una nueva y maravillosa existencia.

CHUCK DELGADO ES AHORA INTEGRANTE DE LA
FAMILIA INTERNACIONAL EN LAS FILIPINAS. ■

1. Juan 6:63

EL ABECÉ DE LA SANACIÓN

DURANTE MUCHÍSIMO TIEMPO TRATÉ DE ENTENDER EL CÓMO, EL CUÁNDO Y EL PORQUÉ DE LAS CURACIONES QUE OBRA DIOS. Quería reducirlo todo a una fórmula sencilla y poder decir: «El que quiera curarse no tiene más que hacer esto y lo otro». Pero finalmente llegué a la conclusión de que no funciona así.

Si dos personas siguieran el mismo procedimiento, es probable que a una le diera resultado y a la otra no. No hay dos seres humanos que sean iguales en todo, y el Señor obra de forma muy disímil en la vida de cada uno, no sólo en lo que se refiere a la curación, sino también en cuanto a las circunstancias de cada uno, las lecciones que le enseña, las pruebas a las que lo somete y las bendiciones que le concede.

Eso nos permite comprender mejor por qué en unas ocasiones nos cura y en otras no, al menos no de inmediato.

Obra de la sabiduría divina

Tanto física como espiritualmente, cada uno de nosotros es un ser muy complejo. Nuestro Creador lo sabe todo sobre nosotros: discierne cada pensamiento, cada debilidad, cada alegría, cada necesidad que tenemos. Sabe las pruebas y tribulaciones que nos hace falta soportar para convertirnos en las personas que podemos llegar a ser, y nos las administra en las dosis exactas, nunca de más y nunca de menos. Lo mismo hace con nuestras enfermedades.

Dos personas pueden tener una misma dolencia; ambas pueden orar para recuperar la salud, pero una se cura al momento y la otra tarda años. ¿Quiere eso decir que una es espiritualmente más fuerte que la otra y tiene una relación más estrecha con el Señor? No necesariamente. Puede que las causas por las que Él permitió que se enfermaran sean muy dispares. Y si las causas son diferentes, también pueden serlo Sus motivos para curarlas o para no hacerlo.

Fe para curarse

Yo sufro desde hace más de 20 años de una grave enfermedad de la vista, presuntamente incurable; sin embargo, considero que tengo fe para curarme. Aunque me he ido recuperando parcialmente en los últimos años —mucho más de lo que los médicos me dijeron que sería posible—, no sé cuándo tendrá lugar mi curación completa. Sin embargo, no me cabe duda de que tarde o temprano se producirá. Si Dios no quiere sanarme ahora mismo, no me dará fe para una sanación inmediata. En todo caso, tengo fe en que me curaré algún día.

A Dios le confío mi vida, mi salud y mis ojos, pues tengo fe en Su amor y sé que Sus caminos y Sus pensamientos son más altos que los míos¹. Estoy convencida de que me curará conforme a Su plan y Su cronograma, de que Él sabe lo que más me conviene y cuál será el momento oportuno para sanarme del todo. Para mí esa es la mejor fe que hay:

1. Isaías 55:8,9



reconocer que todo está en manos del Señor, confiar en que Él hará que todo salga conforme a Sus deseos y contar con que me ayudará a sobrellevar mi enfermedad hasta el día en que me cure.

En realidad no se trata únicamente de tener fe para curarse, sino también para aceptar los designios divinos, sean cuales sean para cada uno de nosotros. Tenemos que descubrir cómo se aplica a nuestro caso Romanos 8:28 y aceptar que «Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman». Cada vez que decidimos confiar en Él y no darnos por vencidos, a la larga salimos beneficiados.

Cuando Dios lo disponga

Puede que el Señor no juzgue oportuno sanarnos enseguida porque sabe que somos más receptivos a Sus enseñanzas cuando estamos enfermos. Si aún no ha llegado el momento de que nos sane, ¿cómo vamos a tener fe para curarnos? La fe

es un don de Dios. Él no nos da fe para curarnos a menos que se disponga a hacerlo. En un caso así, lo que quiere es concedernos fe para soportar la dolencia y verla bajo un prisma positivo. Más adelante, cuando determine que es el momento oportuno para sanarnos, nos dará fe para ello.

Es posible que nos falte fe para curarnos, pero eso puede remediarse por medio de la Palabra, ya que la fe se edifica por medio de ella. O a lo mejor el Señor considera que todavía no ha llegado el momento de sanarnos porque quiere enseñarnos algunas cosas primero. O tal vez quiere ponernos como ejemplo para alguien. Cualquiera que sea el caso, actuar con fe verdadera es confiar en Dios y hacer lo que Él nos indique, por más que no recobremos la salud.

Haz lo que esté a tu alcance

Dios puede intervenir cuando estamos enfermos, restablecer nuestra salud, aliviar nuestra

incomodidad y dolor, revertir los daños causados por una enfermedad e incluso eliminar la causa de ella. A veces opta por hacerlo sobrenaturalmente, como pueden atestiguar miles de personas, pero la mayoría de las veces se ciñe a las leyes naturales que Él mismo estableció y que espera que nosotros nos esforcemos por respetar. Es decir, cuenta con que nos alimentemos sanamente, hagamos ejercicio de manera adecuada y con relativa frecuencia, durmamos suficientes horas, minimicemos el estrés, prestemos atención a la higiene, tomemos precauciones para evitar accidentes y le demos a nuestro organismo lo que necesita para curarse cada vez que nos enfermamos. El Señor rara vez anula Sus leyes naturales para hacer algo que podríamos haber hecho por nuestra cuenta.

Por lo general, uno de los primeros pasos para curarnos es entender qué es lo que marcha mal en nuestro cuerpo y determinar la causa de la enfermedad.



Empieza rezando. Pide a Dios que te indique cuáles pueden ser en tu caso las causas físicas o espirituales y qué puedes hacer por corregirlas. Un buen médico es un especialista en el diagnóstico de desórdenes físicos. Por ende, consultar a uno o varios médicos es muchas veces algo que podemos hacer por nosotros mismos. Eso no está reñido con la fe ni con el poder divino para sanarnos milagrosamente. Antes, tener una idea más clara de nuestra situación y nuestras opciones nos pone en mejores condiciones de comprender cuál pudiera ser la intención de Dios en nuestro caso, a fin de tomar decisiones con conocimiento de causa y canalizar nuestra fe y nuestras oraciones con arreglo a ello.

Consolación

Algo que ayuda mucho a sobrellevar los padecimientos físicos es saber que podemos acudir al Señor y esperar de Él palabras personales de amor, consuelo, aliento e instrucción. No tenemos por qué andar a tientas, sin saber lo que está haciendo en nuestra

vida, o atormentados por interrogantes. Podemos orar y obtener Su ayuda por medio de mensajes personales que nos digan precisamente lo que necesitamos en ese momento.

El Señor puede indicarnos el amoroso motivo por el que ha permitido que nos enfermemos y lo que quiere que hagamos al respecto, de qué forma podemos obtener curación. La fe se adquiere oyendo la Palabra, no sólo la Palabra escrita, la Biblia, sino también las palabras de aliento, guía e instrucción que Él nos dirige.

Él está deseoso de hablarnos. Quiere aliviarnos la carga y hacer que nos resulte más fácil sobrellevar nuestros padecimientos. Nos ama, y no nos dejará ser tentados más de lo que podemos resistir, sino que nos dará una salida². En muchos casos la salida que nos ofrezca serán Sus palabras de consuelo y aliento, las cuales nos elevarán por encima de la tempestad y nos darán una perspectiva más luminosa.

A veces basta con un solo mensaje; pero cuando combatimos

una enfermedad grave o crónica, puede que tengamos que recurrir a Él con frecuencia para escuchar más instrucciones y palabras de aliento que pueda tener para nosotros, pues hay que tomar en cuenta que las circunstancias pueden variar. Por otra parte, si no entendemos las palabras, promesas o explicaciones que nos da, basta con preguntarle. Él nunca se cansa de que le presentemos nuestros interrogantes. Se deleita en facilitarnos la vida; tanto es el amor que nos tiene. Si le permites que te hable al corazón en profecía, aliviará tus cargas y mitigará tu dolor.

(El librito *Escucha palabras del Cielo*, editado por Aurora Production en la colección *Actívate*, analiza más a fondo el don de profecía y sus beneficios. Pídelo a cualquiera de las direcciones que aparecen en la página 2.)

MARÍA FONTAINE DIRIGE EL MOVIMIENTO LA FAMILIA INTERNACIONAL JUNTAMENTE CON SU ESPOSO, PETER AMSTERDAM. ■

2. 1 Corintios 10:13

LA FE,



el título de propiedad

DAVID BRANDT BERG

EN LA VERSIÓN REINA-VALERA DE LA BIBLIA, HEBREOS II:I DICE: «ES, PUES, LA FE LA CERTEZA DE LO QUE SE ESPERA, LA CONVICCIÓN DE LO QUE NO SE VE». AHORA BIEN, LA PALABRA *CERTEZA* QUE FIGURA EN ESTE VERSÍCULO EN CASTELLANO ES TRADUCCIÓN DEL VOCABLO GRIEGO *HYPÓSTASIS*. Hace cientos de años, cuando se tradujo el Nuevo Testamento del griego a distintas lenguas, la palabra *hypóstasis* planteó un dilema. Parecía ser un término administrativo que no se utilizaba en la literatura clásica griega. Todo lo que lograron dilucidar por entonces los estudiosos es que se trataba de algo bastante concreto, por lo cual el término fue traducido por palabras como *certeza*, *garantía* y otras.

Mucho más tarde unos arqueólogos descubrieron en el norte de Israel las ruinas calcinadas de una vieja posada. Allí encontraron un cofrecito de hierro que contenía valiosos documentos, a nombre de una dama de la nobleza romana que había comprado tierras y propiedades en Israel. Resulta que casi todos los encabezamientos de los documentos decían a grandes letras: «Hypóstasis». Eran los títulos de propiedad de sus tierras. Quizás aquella dama romana nunca había visto sus propiedades en Israel, pero sabía que eran suyas y lo podía probar, toda vez que tenía en su haber los títulos de propiedad.

¿Qué es, pues, la fe? El título de propiedad. Conociendo el significado original de la palabra, ese versículo de la epístola de Pablo a los hebreos podría lícitamente traducirse: «La fe es el título de propiedad de lo que se espera».

Si has pedido algo al Señor y no te parece que te lo haya concedido, no te preocupes. Si tienes verdadera fe, en tus manos está el título con tu nombre estampado en él. Lo que has pedido ya es tuyo, y a la larga llegarás a verlo. ■

SALVACIÓN POR PARTIDA DOBLE

Por medio de los padecimientos de Cristo en la cruz, Dios nos ofrece no sólo salvación para el alma, sino también alivio de las dolencias físicas: «Por Sus llagas [las heridas que sufrió cuando fue azotado] fuimos nosotros curados»¹.

El dolor es un pellizco del Infierno; la curación, una caricia del Cielo. La sanación es una pequeña muestra de la vida eterna, de la renovación del cuerpo y la erradicación de todo mal. Es un adelanto de la resurrección.

David Brandt Berg

EL MEJOR DE LOS MÉDICOS

Si aún no conoces a Jesús, el mejor de los médicos, el cual tiene poder para hacerte feliz y sanarte física, mental y espiritualmente, haz una sencilla oración como la que sigue e invítalo a formar parte de tu vida.

Jesús, acepto el amor, el perdón y la salvación que me ofreces. Te ruego que entres en mi corazón y me ayudes a sentir los efectos de Tu milagroso poder. Amén.

1. Isaías 53:5

Relato basado en Lucas 8:43-48

TOCAR A JESÚS

MICHAEL ROY

JESÚS SE DIRIGÍA UN DÍA A LA CASA DE UN HOMBRE CUYA HIJA ESTABA GRAVEMENTE ENFERMA.

Como de costumbre, la muchedumbre se agolpaba en torno a Él y lo empujaba. En medio de aquel aluvión de gente se encontraba una mujer que desde hacía 12 años padecía de una constante hemorragia. Había ido de médico en médico sin lograr que ninguno la curase. Se había gastado hasta el último centavo en tratamientos que le habían significado mucha angustia y dolor. Pero el flujo de sangre no cesaba.

Desesperada, pensó: «Ay, si lograra tocarlo, sé que me curaría».

Al ver a Jesús de lejos, avanzó ansiosamente hacia Él. No era fácil abrirse paso entre aquella turba de mirones que pugnaban por acercársele. A ella, sin embargo, un solo pensamiento la apremiaba: ¡Tenía que tocar a Jesús!

Por fin llegó cerca de Él y, extendiendo la mano, alcanzó a rozar Su manto con la punta de los dedos. Apenas lo tocó, cesó por completo la hemorragia que desde hacía tantos años la aquejaba. Una cálida sensación de salud y bienestar le recorrió el cuerpo. Supo entonces que, después de todos aquellos años de sufrimiento y dolor, por fin se había curado.

Jesús se detuvo un instante, percibiendo que una energía sanadora había emanado de Él. Volviéndose hacia la muchedumbre, preguntó:

—¿Quién me ha tocado?

Sus discípulos lo miraron perplejos, diciendo:

—Con semejante multitud que te rodea y te apretuja, preguntas: «¿Quién me ha tocado?»

Pero Jesús, sabiendo ya quién lo había tocado, se volvió a la mujer, que no ocultaba su asombro.

Ella, temblando de emoción por lo que había sucedido, se postró a los pies de Jesús y le contó que había estado enferma y se acababa de curar. Él le dijo:

—Hija, tu fe te ha sanado. Ve en paz y queda libre de tu enfermedad.

La mujer no se curó porque tocó las vestiduras de Jesús, sino porque tuvo fe.

Ejercitó la poca fe que tenía, y la consecuencia de su gesto ha resonado a lo largo de los siglos: «¡Tu fe te ha sanado!»

Es probable que hubiera cientos de personas en aquella multitud, muchas de las cuales seguramente también necesitaban curarse de algo. La diferencia entre aquella mujer y los demás es que ella creyó en su corazón que Jesús la podía ayudar, pese a que todo lo que había intentado antes había resultado inútil. Actuó conforme a su fe. Y en el momento en que hizo contacto con Él, se curó prodigiosamente.

EXTRACTO DEL LIBRO *TESOROS*, © LA FAMILIA INTERNACIONAL, 1987. ■

«¡Si lograra tocarlo, sé que me curaría!»

nunca es tarde si la dicha es buena

MARIE-ANNE LAVIGNE

JAMÁS IMAGINÉ QUE SUFRIRÍA UNA DOLENCIA POTENCIALMENTE MORTAL, ASÍ QUE HACE SEIS AÑOS, CUANDO ME DESCUBRIERON QUE TENÍA LA ENFERMEDAD DE CROHN —un mal autoinmune que afecta al tracto digestivo y que no es curable ni con fármacos ni con intervenciones quirúrgicas—, me costó mucho aceptarlo. En aquel entonces yo tenía 24 años y un hijo de cuatro.

Todos los remedios naturales que probé poco hicieron para mitigar el deterioro. Sufría dolores tan intensos que tuve que guardar cama casi cuatro años. Llegué a perder el 40% de mi peso. Quedé con 35 kilos y pude haber muerto de desnutrición.

La enfermedad me fue consumiendo también emocionalmente. Me sentía inútil, fracasada, y me veía como una carga enorme para mi familia. Me preguntaba: «¿Por qué habrá permitido Dios que me sobrevenga esto? ¿De qué le puede servir una persona postrada en cama, tan delicada de salud e inestable como soy ahora?»

En los momentos en que me sentía más débil física y emocionalmente, mi familia y amigos me ayudaron a no rendirme. También me hicieron ver que todavía podía ayudar a los demás por medio de mis oraciones. Así que dejé de pedirle al Señor que me curara y más bien le rogué que se valiera de mí con todo lo enferma que estaba. Eso marcó

el principio de mi recuperación. No me curé físicamente de la noche a la mañana, pero tenía paz interior y estaba dispuesta a aceptar lo que Dios tuviera para mí.

Varios meses después se dio a conocer un nuevo tratamiento clínico para esta enfermedad. Cuando le pregunté a Jesús si debía someterme a él, me dijo que me serviría para restablecerme por completo. Poco a poco mis intestinos empezaron a funcionar mejor. A lo largo del siguiente año recuperé paulatinamente mi peso normal. El tratamiento, junto con una buena dieta y mucha oración, hizo entrar en remisión la enfermedad de Crohn y me rescató de la muerte, lo cual me llena de gratitud.

El continuo amor del Señor, los cuidados que me prodigó y la ayuda que me prestaron unas personas maravillosas me permitieron sobrevivir a esos difíciles cinco años. Además, creo que por lo que sufrí, hoy soy mejor persona. Lo mejor del caso es que la experiencia me acercó mucho a Jesús, más de lo que jamás había creído posible.

Hoy puedo decir, al igual que el apóstol Pablo: «Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse»¹.

MARIE-ANNE LAVIGNE ES INTEGRANTE DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN CANADÁ. ■



DESPUÉS DE RECUPERARSE.

ACCIÓN POR MEDIO DE LA ORACIÓN

Ejercicio espiritual

ORAR POR OTRAS PERSONAS ES UN MEDIO EFICAZ DE LLEVAR EL AMOR A LA PRÁCTICA. ES TRADUCIR EN HECHOS NUESTROS PENSAMIENTOS SOBRE ALGUIEN Y NUESTRO DESEO DE AYUDARLO.

La oración surte efecto: lo pueden atestiguar millones de personas de todo el mundo. Nuestras plegarias mueven la mano de Dios y lo llevan a hacer lo que le pedimos. Las respuestas no siempre vienen enseguida ni tal como imaginábamos. Pero a la larga Dios contesta del modo que considera más conveniente para todos los afectados.

Las oraciones no solo favorecen a la gente por la que pedimos; también nos benefician a nosotros mismos. Generan un espíritu de fe y crean un clima positivo, ya que concentramos nuestra atención en la bondad y el poder de Dios y contamos con que nos responda. El simple hecho de manifestar fe en Él —que es lo que hacemos al orar— le agrada y lo mueve a obrar en la situación o en la vida de la persona por la que rogamos. Él nos ama y ama a la persona por la que rezamos; desea efectuar en ella un cambio para bien. Ahí intervienen nuestras oraciones, pues activan el poder de Dios.

Comienza haciendo una lista de personas por las que te interesas y que necesitan la ayuda de Dios, quizá porque están enfermas, o han tenido un accidente, o se sienten solas, o se encuentran en aprietos económicos, o corren peligro, o han sufrido alguna pérdida. Incluye tanto a personas que tú mismo conoces como a gente de la que hayas oído hablar en las noticias o por medio de terceros.

Ora por ellas de una en una, invocando promesas que Dios nos ha hecho en la Biblia (en la página 6 verás algunos ejemplos). Hazlo durante unos 10 ó 15 minutos, dedicando uno o dos a cada persona.

Cuando te enteres de alguien que tenga alguna necesidad, añádelo a la lista. Procura incorporar una persona cada día. A medida que la nómina se vaya haciendo más larga, probablemente no te alcanzará el tiempo para rezar por todas las personas que figuran en ella. Ora primero por las situaciones más graves y urgentes; luego por algunas de las restantes según el tiempo de que dispongas. Cuando llegues al final de la lista, vuelve a empezar por arriba.

Cada vez que Dios responda a una de tus plegarias, agrádescelo y elimina esa petición de la lista. Puedes tener otra lista en la que apuntes las oraciones respondidas y tomarte un momento al inicio de tus ratos de oración para repasarla y reforzar tu fe en que el Señor también atenderá las necesidades que todavía están pendientes.

Hazte la costumbre de rezar por los demás todos los días. Contribuirás a mejorar su vida. Además, el ver obrar a Dios te infundirá fe y enriquecerá tu espiritualidad. ■

una curación distinta

CARYN PHILLIPS

HAY QUIENES SUFREN LARGAS ENFERMEDADES QUE NO DESAPARECEN INSTANTÁNEAMENTE CUANDO SE SUPLICA POR SU MEJORÍA.

Yo soy una de esas personas que Dios no ha considerado oportuno sanar enseguida. Si bien existen medicamentos para aliviar los peores síntomas de los desórdenes del sistema inmunológico y otras dolencias crónicas que me aquejan, mi caso no tiene cura. Para mí el milagro consiste en contar con la asistencia y el consuelo de Dios en mi estado de mala salud permanente. Él me ha dado una vida feliz y productiva a pesar de que sigo bastante enferma.

Hay momentos en que Dios interviene para eliminar una enfermedad de raíz. Sin embargo, hay otra curación, una curación distinta: la que poco a poco va formando nuestro carácter y nos hace madurar, nos deja profundas enseñanzas y nos vuelve más compasivos.

Estoy muy agradecida de que Dios me haya dado una vida tan feliz a pesar de mi mala salud. Hasta diría que soy más feliz que antes de enfermarme.

Huelga decir que me considero favorecida por tener una estrecha relación con mi familia y amigos, que me han brindado un apoyo increíble. Mis enfermedades sacaron a relucir su admirable amor y abnegación.

Eso también es un milagro: que Dios permita que algunos suframos enfermedades que a la larga mejoren nuestra calidad de vida y a la vez hagan aflorar las mejores cualidades que tienen los demás. Para Dios, eso puede ser más positivo que concedernos una curación instantánea.

El estar enferma me ha vuelto más compasiva, más reflexiva y considerada. Me ha llevado a examinar mis móviles cuando hago algo; antes, en cambio, estaba tan centrada en la acción que a menudo no me planteaba el porqué. Ahora siento una enorme gratitud por cosas que antes daba por sentadas. He descubierto una paz sencilla, y mi fe ha aumentado. En resúmenes cuentas, mi vida se ha embellecido. ■

ORACIÓN PARA CUANDO ESTÁS ENFERMO

Cuando me enfermo, Tú, Jesús, siempre permaneces a mi lado. Atiendes a mis necesidades y me soplas al oído palabras serenas y tranquilizadoras: «El milagro que tú denominas *salud* está a punto de producirse. Después de esto lo apreciarás en toda su dimensión». Juntos superaremos este mal momento. Cuando me desanimo, Tú me acaricias la frente y me infundes fortaleza y valor. Juntos saldremos adelante.

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

Sobre el poder curativo de Jesús

El hijo de un funcionario real, que estaba a punto de morir

Juan 4:46-54

El parálítico al que descolgaron por el techo

Marcos 2:1-12

El hombre que llevaba 38 años parálítico

Juan 5:1-16

El hombre de la mano tullida

Lucas 6:6-11

El siervo del centurión, que estaba moribundo

Lucas 7:1-10

La hija de Jairo, que resucitó

Marcos 5:22-24, 35-43

Los diez leprosos

Lucas 17:11-19

El ciego que recobró la vista

Juan, capítulo 9

La resurrección de Lázaro

Juan 11:1-46

DE JESÚS, CON CARIÑO

Asistencia las 24 horas

No quiero que veas esta enfermedad como una prueba de la que Yo me desentiendo, en la que te abandono a tu suerte. En realidad nunca ha sido así, y de ninguna manera quiero que lo sea ahora.

Se me parte el corazón al verte sufrir, no solo a causa del dolor físico, sino también por las consiguientes batallas mentales y espirituales, la sensación de impotencia, de angustia y de desesperación. Créeme, nunca permitiré que a ti, que me amas, te ocurra algo que de algún modo no redunde en tu bien. Aférrate a esa promesa.

Te acompaño en todo momento. Sé que sufres, y eso me conmueve. Estoy aquí mismo, a tu lado. En realidad, aún más cerca: te envuelvo, cubro todos los puntos dolorosos y te proporciono alivio como solamente Yo sé hacerlo. No te dejaré ni por un instante.

En los momentos de dolor, te daré un respiro. En los momentos de angustia, seré tu consolador. Cuando te asalten las dudas, avivaré tu fe. En tu hora más oscura, seré la luz que te guíe. En tu tormento, seré tu refugio. Cuando sientas un vacío por dentro, lo seré todo para ti.